

“DOS MIRADAS AL ABISMO”. UNA PROPUESTA LITERARIA
INSPIRADA EN EL PENSAMIENTO DE SØREN KIERKEGAARD¹
<http://doi.org/10.54354/XJZY5825>

Anuar David Bautista Magallón
Universidad Iberoamericana, México

Resumen

La elección es una difícil tarea ya que enfrenta al ser humano a una paradójica situación de decidir entre múltiples posibilidades de realización, lo que da lugar a una vivencia profunda de angustia espiritual que nos recuerda de nuestra situación de caída de la condición tan específicamente humana que es la libertad. Entre la afirmación de una posibilidad y la negación de otra, se asoma un precipicio inquietante y desafiante para el ser humano, el del discernimiento, la consecuencia y el desenlace de nuestra cotidiana existencia. En este trabajo el *objetivo* es una reconstrucción literaria e imaginaria, inspirada en el concepto de libertad, en el pensamiento de Søren Kierkegaard. Más bien, partiendo la autenticidad con la cual Kierkegaard analiza este concepto, la pregunta a la cual quiero contestar mediante mis dos construcciones imaginarias, es qué pasa con la libertad en la cultura contemporánea. No es un trabajo de investigación filosófica sino de reconstrucción literaria inspirada por la lectura del escrito *El concepto de la angustia* de Søren Kierkegaard.

Palabras Clave: libertad, angustia, abismo, conciencia

Abstract

The choice is a difficult task because it confronts the human being with a paradoxical situation of deciding between multiple possibilities of realization, which gives rise to a profound experience of spiritual anguish that reminds us of our situation of falling from the specifically human condition which is freedom. Between the affirmation of one possibility and the denial of another, a disturbing and challenging precipice looms for the human being, that of discernment, the consequence and the outcome of our daily existence. The main *objective* within this work is a literary and imaginary reconstruction, inspired by the concept of freedom, inside the thought of Søren Kierkegaard. Instead, starting from the authenticity which Kierkegaard analyses this concept, the question I would like to answer through my two imaginary constructions is what

¹ Recibido: 25 de mayo de 2022; Aceptado: 14 de junio de 2022.

happens to freedom in contemporary culture. This is not a philosophical work research, but a literary reconstruction inspired by the reading of Søren Kierkegaard's *The Concept of Anxiety*.

Keywords: Freedom, Anxiety, Abyss, Conscience.

I. Introducción

Al final del breve relato de Franz Kafka, llamado *Ante la ley*, el campesino, que ha pasado toda su vida frente a la puerta que está resguardada por el aterrador guardián, pregunta justo antes de morir: “¿Cómo es posible entonces que durante tantos años nadie más que yo pretendiera entrar?... Nadie podía pretenderlo porque esta entrada era solamente para ti. Ahora voy a cerrarla. Contesta el guardia”². El campesino murió sin siquiera intentar pasar la primera puerta que tenía frente de sí, siempre sometido a sus miedos, aprensiones y espejismos. ¿No es esta una imagen muy bien lograda de una vida sin angustia? ¿De una existencia sin alternativa asumida en decisiones y dilemas?

Dos son las maneras de asumir la capacidad de elegir frente a la multiplicidad de opciones que se nos ofrece para la realización de todas nuestras dimensiones humanas. Kierkegaard hablaba de “*o lo uno o lo otro*”; no hay un camino medio. A través de esta enunciación, Kierkegaard se vuelve el filósofo de la elección que propone una visión estadal de la existencia (estética, ética y religiosa). Para Kierkegaard todos los seres humanos están inmersos en la inmediatez (la vida estética), pero para el desarrollo de la personalidad, y para que uno puede desprenderse de lo general (inmediatez) y alcanzar lo singular, tiene que elegir y tiene que asumirse desde la libertad. El filósofo danés ha intuido muy bien que la libertad representa el nervio de la existencia humana y es el fundamento de la concepción ética de la vida. Es la razón por la que vale luchar con coraje. Afirma el filósofo:

Lucho, pues, por la libertad, por el porvenir y por aut-aut. [...] nada es en comparación con el instante de la elección. Cuando todo se ha vuelto sereno, solemne como una noche estrellada, cuando el alma está sola en el mundo entero, entonces aparece ante ella, no un ser superior, sino la potencia eterna misma, el cielo se entreabre, por así decir, y el yo se elige a sí mismo o, más

² Franz Kafka, *Literatura universal, cuentos fantásticos*, Barcelona: Fontana, 2013, p. 58.

bien, se recibe a sí mismo. Entonces el alma ha visto el bien supremo, lo que ningún ojo mortal puede ver y que jamás puede ser olvidado, entonces la personalidad recibe el espaldarazo que la ennoblece para la eternidad. No se convierte en algo distinto de lo que ya era, sino que llega a ser ella misma³.

La libertad es, en el pensamiento de Kierkegaard, un ejercicio constante del individuo que, de esa forma, se *rescata* a través del devenir sí mismo; es decir, un ser singular, para no perderse entre ideas, teorías, postulados o ideales sociales, culturales e históricos que le niegan la posibilidad de saberse responsable de su aquí y ahora. Cabe subrayar que “cada individuo es sujeto y sustancia universal y absoluta, y su devenir espiritual no asume el rumbo de la historia mundial, sino el ritmo personal de los distintos estadios existenciales⁴”, como afirma María Binetti. Esta particular noción de individuo rompe con toda la tradición moderna en la que el individuo forma parte de una historia universal, y su existencia está supeditada al orden y progreso de una idea superior, como lo proyectaba Hegel.

La libertad es el trampolín para vivir desde la singularidad y desde la autenticidad, y considero que existen dos modos de comprender la misma libertad en nuestros tiempos, que quiero captar mediante dos cuentos (cortos relatos): por un lado, como una actividad que surge de la apatía crítica y concluye inevitablemente en la alienación o en la esclavitud intelectual; y, por otro, como la praxis y consecuencia de una elección que construye y despliega la dimensión profunda de la persona.

De esta forma, por contraste, una existencia que no se sabe comprometido con su propia historia, hace que el ser humano se convierta en un prisionero de una vida que se sostiene solo de la apariencia, de la simulación, de la necesidad de una autoridad que indique y somete (que Kierkegaard traducía mediante el estadio estético). Una vida así se convierte en una biología anónima, en pereza conseguida como ganancia y mecanismo cuasi-ontológico, puesto que se es desde lo que se dice que debe ser; se piensa como se le impone al pensamiento; se reacciona ante el mundo como adiestramiento y disciplina exterior, y se vive sin nunca tomar conciencia de ello.

Esta forma de vivir es también el resultado de una elección, y como diría Kierkegaard se elige “no-ser” en aras de que otro (cual sea) determine y defina las capacidades, límites, alcances y objetivos de una persona. La

³ Søren Kierkegaard, “El equilibrio entre lo estético y lo ético”, *O lo uno o lo otro* Vol. II, Madrid: Trotta, 2008, pp. 32-33.

⁴ María J. Binetti, “Algunos puntos clave sobre la libertad kierkegaardiana”, *Anuario Filosófico*, XXXIX/3 (2006), 649-672. Buenos Aires, Argentina. <https://dadun.unav.edu/bitstream/10171/16173/1/BINETTI.pdf>

aparición que esta apatía crítica toma de independencia es lo más riesgoso y se refleja en la idea de que *soy libre porque pienso y hago lo que quiero y deseo*. Esto es, en el fondo del enunciado, un mero capricho infantil acuñado como argumento contemporáneo que por lo contradictorio que es en sí mismo, aparece como la auténtica definición de autonomía. Los males nacen justo de una imagen del hombre que está distorsionada y reducida a la mera existencia sensible, digestiva, hedonista y subjetiva.

En la cultura moderna, la reflexión sobre el mal, como sucede en casi todos los otros problemas del espíritu, se ha transformado en algo muy ambiguo al descartar el fundamento metafísico que sostenía la existencia del Absoluto, no solo como trascendente sino como principio ontológico de realidad. El hombre, como sujeto espiritual (la síntesis para Kierkegaard) puede *de facto* luchar dentro de ciertos límites contra el mal y contra la misma muerte; incluso puede aliviar el mal de los demás y soportar el propio como cierto tipo de catarsis (por su estructura relacional). Esta forma de transformar el mal (la privación, la ausencia, lo inevitable, la negación, lo amenazador) en un bien (en un vínculo relacional, en una realidad más profunda que permite ver la realidad humana) sería la finalidad de comprender la libertad desde otra perspectiva que nos aparte de los egoísmos que empañan el horizonte de la auténtica realización humana.

¿Qué sucede cuando decido tomar mi vida en serio y así, dentro de mi particular contexto existencial elijo ser y no asumir? El drama de esta disposición está en que la libertad en sí misma es una oportunidad y no una garantía de éxito, esencialmente es más una probabilidad que un resultado. ¿Y qué significaría por lo tanto una libertad real? Sería una elección que alcanza la vida plena, que se atreve y decide, que apuesta y desafía, que no se aterroriza frente al desierto y que, aun sabiendo que no hay garantía de triunfo, se arroja al abismo que produce vértigo, y por lo mismo angustia.

Kierkegaard nos enseña que la angustia nos ayuda tomar conciencia de que el precio de la libertad humana⁵ (que no es matemática ni resultado lógico) es posibilidad elegida como tal. “La angustia se ve como un fenómeno que forma parte de la existencia humana... es la angustia la que nos lleva a la comprensión de lo que es el ser humano⁶”. La conciencia sobre la angustia aparece en momentos cuando el hombre tiene el poder de penetrar

⁵ “El concepto de angustia expone directamente una determinación de lo que es el hombre que, a su vez, se proyecta más allá de la obra en sí... es una reflexión que se diferencia claramente de la pena” Arne Grøn, “El concepto de la angustia en la obra de Kierkegaard” en *Thémata. Revista de filosofía*, Universidad de Copenhague, No. 15, 1995, p.15-30. <http://institucional.us.es/revistas/themata/15/02%20Grom.pdf>

⁶ *Ibíd.*, p. 16.

en una nueva dimensión de su existencia. Hablando de angustia, y avanzando en su problemática, Kierkegaard altera su sentido: ella no es ni incapacidad, ni aburrimiento; ni melancolía, ni desesperación, sino un obstinado deseo de mantenerse en un estadio de “sueño conciente” del mundo. La angustia, hace que el hombre se espante del abismo de su propia libertad, porque “la libertad es infinita y brota de la nada”⁷. La angustia no tiene una causa en sí; aparece de repente y sin ninguna explicación. Más, la angustia, y así como nos la presenta Kierkegaard, a través de su seudónimo Vigilius Haufniensis, es producida por la proyección del espíritu, como posibilidad, y por lo mismo, como libertad.

La angustia puede compararse muy bien con el vértigo. A quien se pone a mirar con los ojos fijos en una profundidad abismal le entran vértigos. Pero, ¿dónde está la causa de tales vértigos? La causa está tanto en sus ojos como en el abismo. ¡Si él no hubiera mirado hacia abajo! Así es la angustia el vértigo de la libertad, un vértigo que surge cuando, al querer el espíritu poner la síntesis, la libertad echa la vista hacia abajo por los derroteros de su propia posibilidad, agarrándose, entonces, a la finitud para sostenerse. En este vértigo la libertad cae desmayada⁸, afirma Kierkegaard.

No es la intención de este artículo hacer un análisis de la categoría de angustia kierkegaardiana, que bien ha sido presentada por varios especialistas. Más bien, inspirado por la idea de libertad y por el concepto de angustia, me inquieta el hecho de que en la cultura contemporánea hemos perdido el sentido auténtico de la libertad. Es decir, en una cultura racional, calculadora y obsesionadamente descriptiva, como la nuestra el hombre preferiría una libertad sin un contrastado riesgo (para ello existe el cientificismo, el pensamiento filosófico alienante y la narrativa historia como un futurismo anónimo o un pretérito superado).

La libertad implica responsabilidad y, por ello, en su más íntima formulación, involucra también la seductora tendencia a desplazarla. *Mirar al abismo* (a la ontológica capacidad de elección de uno mismo y su bien como auto-posesión) puede provocar que inventemos sombras que justifiquen nuestro aferramiento a lo fugaz que aparenta solidez, o, por contraste, el precipicio consigue abrazarnos y esculpírnos mientras caemos.

¿Cómo viviría una persona que justifica su rechazo a la angustia? ¿Cómo justificaría su mundo, decisiones y relaciones humanas? Y a

⁷ Demetrio Rivera, “Prólogo del traductor”, Kierkegaard, *El concepto de la angustia*, Madrid: Alianza, 2007, p. 19.

⁸ Søren Kierkegaard, *El concepto de la angustia*, Madrid: Alianza Editorial, Madrid, p. 118.

diferencia de esto, ¿cómo viviría alguien que se elige a sí mismo como posibilidad de Ser? ¿Cuáles serían sus obstáculos, caídas y miedos? ¿En qué se transformaría alguien que elige al abismo como itinerario existencial?

Esta serie de preguntas me gustaría responderlas con los dos siguientes relatos cortos que escribí: *La mosca de la fruta* y *Comunión*.

II. *La Mosca de la fruta* (o del cómo vivir para nada)

Lo voy a decir:

No le tengo miedo a Dios. No lo conozco, nunca lo conocí, nunca me hablaron de Él, nunca me interesé en saber, nunca en preguntar, nunca en creer, nunca, nunca, nunca. Tampoco le tengo miedo a la edad, al desperdicio de tiempo, a los escombros en donde vivo, al silencio en el que convivo con quienes comparten mi espacio. La decoración de esta casa incluye seres que caminan y me hablan, que comen y se bañan, que, dicen e insisten ellos, son mi familia. Pero no los conozco y no quiero conocerlos. Me cansa imaginarlos dentro de mis pensamientos, hablando, murmurando, localizándome obligatoriamente en sus días y biografías. La recensión de mi monografía simplemente no los incluye. Sé por qué me quedo sin amigos, pero tampoco me importa mucho. No le tengo miedo a creer en lo que sea necesario para enterrarme más en lo que yo considero –eso sí– como verdadero, justo, prudente, inteligente, audaz y humano. Es ahí en donde yace el quid para ser feliz: vivir para nada y mostrarle al mundo que uno es fuerte, crítico, instruido, de mundo (sin siquiera haber salido de casa) y hondamente servicial pero siempre autorreferencial. Cada pequeña e irrelevante experiencia se puede maximizar y convertir en Odisea si se narra con humor, imaginación y sin que nadie jamás cuestione la veracidad del hecho. ¿Qué importa si jamás sucedió? Importa ser el centro de atención por el tiempo necesario para que todos se olviden de ellos mismos y solo mediten en mí, en mi vida para nada, en lo maravillosa que parece mi existencia y su semblanza. Por eso no le tengo miedo a nada, porque debo aparecer como alguien que se ha hecho solo, que ha alcanzado la liberación de pensamiento con solo tres libros, sobradas series de televisión, revistas de historia muy interesantes, frases célebres y uno que otro comentario contemplativo en alguna red social. Una cita o una máxima bien utilizada siempre ahorrará trabajo de lectura, es cuestión solo de saber cuándo y cómo. Lo relevante aquí es que “el cinismo al más alto nivel suele dar sensación de solvencia”. Por eso es que ya hace tantos años que no trabajo, porque debo “ir contra el sistema”, ¿cuál?, el que me advierta que soy gris, tenue, tibio, impasible, estático; todo intento de sujeción que me saque de mi charca es el sistema a vencer. ¡Aceptalo!, trabajar

implica asociación, relación, concesión, vínculo, apertura, articulación lingüística que no tolero, ni deseo. ¿Para qué trabajar si puedo ensayar a producir sin producción? ¿Si puedo enaltecerme platicando cuánto me agoto en diseños y creaciones sin jamás fabricar nada? El auténtico negocio está en perder la capacidad de asociar la realidad con los pensamientos, ahí está el verdadero ingreso del vivir para nada. Ahí aparece la verdadera raíz de la libertad: creer que se es libre y jugar con esta idea, masticarla tanto hasta que se convenza uno mismo de ello. Cualquier idea, bien rumiada, puede convertirse en convicción, en fe o incluso en motor de subsistencia. —CUALQUIER IDEA—. Es realmente sencillo, en la noche, cuando la realidad se asoma por la ventana, es mejor alejarla de golpe, cerrar la ventana con ruido, con alcohol, con proyectos nunca realizados, con burlas nunca expresadas, con inquietudes nunca atendidas, con miedos nunca enfrentados. Práctica que se convierte en hábito y hábitos que se convierten en técnicas para vivir sin respirar de otros. Así se alcanza la perfección en la técnica de vivir para nada. La indolencia es piedra angular de todo esto, es clavo en el ataúd portátil que le llaman cuerpo. Ilustro con un favorito ejemplo: el supuesto dolor que sentiría al perder a mis padres debe mostrarse como una sabia resignación existencial. Esta máscara de sufrimiento puede (¡y debe!) dejar impresionado a cualquier católico, agnóstico, ateo, budista, politeísta o aldeano de la nueva era. —A los protestantes ni los menciono; siempre confundo a los que tocan puertas, los que van en parejas como vendedores de McDonald's y los que se desmayan gritando que el santo espíritu los curó de alguna enfermedad—. Siempre me afrenté de ellos, de mis padres, y resolví entonces ocultarlos, disimular que ahí estaban mientras yo estaba, que conmigo vivían mientras yo vivía, que los escuchaba cuando yo me escuchaba, que me buscaban tenazmente sin dejarme encontrar. Cada uno por su lado, cada uno distante y arrinconado; a cada uno lo convertí en huidizos fragmentos y en carestías traspapeladas del vivir para nada; cada uno convertido en fantasma de la decoración ya mencionada. Ahora que ya no están —y que tengo más espacio en mi mente para dilatarme a voluntad y sin ellos—, su ausencia ayuda mucho para predicar frente a otros lo fugaz que es la vida, lo difícil para comprender una pérdida, del tan humano "camino y realidad que hay que vivir aunque no queramos"; la memoria sobre mis padres ayuda mucho para concentrarme y dejar que un par de lágrimas se asomen en mis ojos y prodigiosamente provoquen una sensación de agitación a quien me vea enmudecer taciturno. Bajar la cabeza, afligido, suspirar con profundo estremecimiento y resoplar con fuerza para cambiar el tema con un: "¡En fin! ¡Nada somos!", siempre dejará más huella en la memoria de las personas que intentar detenerse a construir juntos, en aproximación, una pregunta auténtica, objetiva y censora. Esas las evito, esas preguntas ya no aparecen en mi mente; me

sustraerían de mi encierro y por eso las evito; no me gustan las preguntas que me despojan de poder o insolencia. No me gustan las dudas que me levantan de la cama inquieto y deshabitado por dentro; no me gustan las mañanas que me remiten a un Creador y las tardes serenas que no piden lamentos sino silencio reparador; no soporto las noches de piedad que avisan, con tacto materno, que un día más se acabó y que quien vive para nada, también debe acostarse sin fruto ni siembra ni cosecha. Odio que el sol me recuerde en dónde estoy; que me toque sin preguntar, que me caliente sin finalidad. Y no solo de él reniego, porque también le tengo rencor prudente a las nubes, porque se transforman y lloran, y suspiran azul y se crean, y lloran de nuevo, y nunca se acaban; siempre las veo andar lentamente, sin avisar, avanzando como ancianas sin prisa y llenas de omnisciencia, por eso las desprecio, porque callan y conversan; y yo aquí abajo, solo y maldiciendo cotidianamente cada estación que llega y se va. Por eso me obligo –como ejercicio diario– a ahuyentar todo aquello que no produce placer jactancioso. Insisto en que no me gustan los amigos que rebasan mis expectativas, los amigos que estimulan emociones, afecciones o apegos; los amigos que sonríen alegres por la felicidad de encontrar novia, esposa y una familia por la cual vivir; los amigos que me aprecian, que me buscan, que excavan en mi alma, esos son los peores; todos sus regalos siempre los guardo en una caja debajo de mi cama, ahí es su metafórico lugar. Incluso he tirado algunos a la basura, los que más personifican amistad o afecto, esos nunca llegan a mi cuarto, esos son los primeros en desecharse. ¿Quién les permitió atribuirse mi amistad? A todos ellos –con la comodidad de vivir para nada– los borro de mi historia y así, mi concebida y fingida superstición (sinónimo asumido de titubeo patológico, vacilación enfermiza o simple mediocridad obsesiva) mantiene constante su magia por sobre mis lluvias, cosechas, amaneceres, cansancios, desesperaciones y fracasos. Es mejor borrar a los amigos que, sin saberlo, confrontan, incomodan y perturban la única válida y vigente tranquilidad del que vive para nada. Ni preguntas ni personas que sean preguntas. Nada que evidencie la inferioridad de mis aspiraciones y las limitaciones de mis respiraciones. Nada que demuestre mis apegos, afecciones y taciturnas angustias. No quiero interrogaciones, ni amigos que parezcan inquietudes con voz, ni dudas que me empujen a la puerta de la caverna. Opté por la violencia como medio, como puente, como lenguaje y comunicación. El mundo se engaña cuando intenta negarlo, pero yo bien sé que el Poder está en golpear primero; no una vez, varias, porque el mensaje se asienta y edifica barreras a conveniencia. Agraviar tanto que parezca amistad, denigrar a niveles que se asocie la ofensa con la convivencia; motivar la humillación para que ésta evoque tolerancia o lealtad. Tengo una fascinación morbosa por el insulto consciente e intencional. Aquí estoy bien, las sombras no

son impuestas, son elegidas, designadas, coloreadas y nombradas por mí. La orilla de este mar no es casualidad, es justo donde empieza y termina mi capacidad de interacción. Aquí el agua no sumerge, ni el oleaje me envuelve, ni permito que la marea me aturda, ni admiro por cliché romántico la secuencia de la espuma que recoge y revuelve lo concedido. La orilla de este mar es solo el reflujó de mis pensamientos y me fastidia que incluso el océano me pregunte si quiero ser pleamar, corriente, flujo o trivial marejada. Parece que no me han entendido, ¿Por qué me siguen buscando, llamando, necesitando? ¿Cuándo se darán cuenta que el vínculo solo es suyo y no mío? ¿Cómo hacerles entender que la atadura me pesa, me agobia y hastía? ¿Tan ciegos e ingenuos son que no descubren que las reuniones son mis reuniones y las pláticas, mis pláticas? ¿Que no me importa nada de lo que sienten, piensan, dicen, buscan, trabajan o desean? ¡Que ya me dejen solo! ¡Que se aparten de mí! ¡Todos! Si por mí fuera, ¡regresaría el tiempo y nunca nacería! ¡Nadie me pidió nacer! ¡Que irritación! ¡Ni mi propia vida fue decisión mía! ¡Qué hartazgo! ¡Muéranse todos! ¡No soporto más su presencia! ¡No soporto su progresión intelectual, anímica o valorativa! ¡Déjenme arrojarme al fondo de lo profano! ¡Quiero extinguirme viviendo para nada! ¡Miro al abismo y no lo soporto! ¡Grita mi nombre y me insulta su machacona e incansable voz! ¿Quién eres y qué quieres? ¡Cállate vida humana! ¡Cállate!

Final

Así lo expuso.

Se acercó a mirar el frutero de la mesa. Sentado frente a ella, lo único que veía era una vasija de cristal ya vieja y opaca y con solo un par de plátanos ya maduros, una pequeña naranja seca y un desconsolado limón negro. Tres moscas de la fruta miraban con estupor al humano y parecían pensativas por todo lo que habían escuchado por más de veinte minutos. Una, la más grande en tamaño, dio un saltito de cinco centímetros para pasar de un plátano a otro, libando con apatía el azúcar que se derramaba por entre una gran mancha negra de la cáscara. Otra, sin decir más, cerró los ojos, sacudió sus alitas, las retrajo sobre su cuerpecito negro y se acurrucó justo bajo el limón seco. La última, parada sobre la naranja, no dejaba de contemplar con cierto interés a quien había hablado solo y con tanta elocuencia frente a ellas. Se miraron por varios segundos, uno y otro, callando y emitiendo juicios internos.

¡Que aburrida es tu vida! – protestó el parásito-; y el inesperado grito asustó a las dos moscas y despertó a la tercera que por instinto entomológico desplegó sus alitas para revolotear junto a las otras, en diminutos círculos

sobre las frutas marchitas, pausadamente, sin prisas ni ambiciones. Aterrizaron cada una después de varios segundos de navegar rítmicamente alrededor del frutero. Ese tedioso y monótono bailoteo alado cautivó sobremañera al obstinado locutor de la confesión oralizada.

Pasaron todavía muchos minutos antes que, angustiosamente, la cuarta mosca se diera cuenta que le hablaba a un espejo.

Vivir para nada, morir para todo, he ahí mi súper-poder.

Así pensaba el humano de 48 años, justo antes de prender el televisor a las ocho de la mañana, listo para mirar otro telenoticiario que le suministra la basura necesaria para vivir, un día más, como mosca de la fruta.

III. *Comunión*

1

Correr sin mirar y acelerando; aferrándome al viento, a ti, a nosotros. Correr de tu mano, sólo imaginándote avanzando sin reserva, precipitándote a la línea que no distingo. Imagino la pista, los metros, los pasos que debo recorrer para asomarme a la dignidad personal, nunca al honor colectivo que siempre abandona. Ahí estás tú, nunca visto, sólo advertido, adherido a mí como mi propio aliento, como la sombra que no distingo, alumbrando en la obscuridad como la luz que perdí hace años. Los que vivimos obstruidos del sentido permanecemos enterrados en la esperanza de una mano que guíe, que conduzca. Solo germinamos en comunión. Y aquí te siento, junto a mí, prometiendo y experimentando esperanza que nace de otra contemplación; y aquí estás siempre, corriendo con urgencia para que alcancemos lo que otros pueden descubrir solos; esto es tuyo y mío, es nuestro.

Quisiera decirte lo que pienso, pero basta con amarrarnos las manos para que sientas mi corazón, para que te incluyas en mis pulsaciones. Cuando dos se unen sin mirarse, no hay alejamiento posible y las fronteras se pierden para siempre. ¿Quién podría prohibirnos los que por derecho es nuestro? Me dejo llevar a donde tú decides, a donde mis piernas te persigan, a donde dicen, no lo sé, nunca la he visto, que hay una línea de meta. Eres axioma que me imagino sonreír cuando nos detenemos; eres evidencia de una innegable metafísica; eres marcha y carril que me resguarda, consonancia entre zancadas; compás de braceo que nos ensambla y sujeta. Eres tú y soy yo, desvanecidos y mezclados por sólo dos minutos y veintiún segundos. Quería recordarte que al describirme incluyo tu nombre, que, al soñar, sueño en plural, que, al cansarme, tú también transpiras, que al conquistar,

tu brazo es el primero en levantarse e izar nuestra bandera; quería recordarte que mi luz tiene nombre y voluntad para custodiar; que el silencio en mis ojos no es condición para oírte mientras me platicas, porque cuando me elogias e intentando no demostrarlo, me alientas. Pero sé que somos, que eres, que soy lo que decidimos ser, en comunión.

La auténtica discapacidad, clamabas con impaciencia ese día que lloraba derrumbada en el tartán, queriendo renunciar, es sólo heredada por palabras, incrustada y represiva con ejemplos, transferida con ideologías que disminuyen; gritabas que nos anulamos cuando a las imágenes las asumimos sin cuestionarlas; callaste y caminaste unos metros lejos de mí, y enfurecido regresaste para quebrantar tu voz con rabia, diciéndome que la fatalidad se vive por quienes dogmáticamente se ciegan a la potestad de la voluntad, a quienes temen el binomio de elección y consecuencia, para quienes la salvación se escribe con tinta ajena y pincel opresor. Y me levantaste y me levanté, y me abrazaste y te abracé, y lloraste y me aterricé, porque justo en ese instante redentor, perdoné a la crucificante y lacerante sujeción y me ceñí, con todas mis fuerzas, a la tragedia de existir sin bordes y a la respiración sin cuotas; quise correr sin detenerme y mirar por primera vez al mundo como protagonismo y no como contemplación.

Ese día comencé a ver y fue gracias a ti, a tus ojos y a mi obscuridad, a la penumbra y al crepúsculo del atrevimiento. Ahora puede ver cómo es todo en Realidad.

2

Pasó un minuto y respondió contenta, emocionada y abrazando sus piernas con los brazos, como solía hacerlo cuando le interesaba discutir un tema. – *Anda, lee tú, por favor*– le dijo con afecto. Abrió el libro de poesías y atraído por el título, él comenzó a leer con cadencia,

-La Tierra te prohíbe, por Teodoro Cill Droichid-

A ti, que has acontecido con fecha y término, adherido este decreto a tu carne que es inevitable; admites, secretamente, en tus plegarias engendradas como existencia, que estás hecho de conclusión, que gemías sin distinguir dolor y apetencia, que lloraste por primera vez y sin saber por qué.

A ti, que aprendiste a escuchar mirando y a mirar callando, apareciste en silencio, existiendo; porque aprisionaste al Logos en vocablos, instaurando tu sentido y mirando con extrañeza a la aletheia, que se presentaba por primera vez camuflada de conciencia, que tú, inocentemente, llamas experiencia.

A ti, la Tierra te engendró imaginándote barro, maíz, leña y acero; te arrojó al juicio que convertirías en impulso, te arrojó a la pasión que contendrías con vanos razonamientos, te arrojó a las fronteras que convertirías en lumbreras.

A ti la Tierra te bautizó con polvo y conciencia; te reconcilió con la angustiada distancia entre Providencia y ansiedad; te vomitó para engullirte una vez que conozcas el secreto de tu origen; a ti, la Tierra te exige Historia, Sentido y Obediencia.

¿Y qué es la inmoralidad sino la voz de quienes débiles pregonan fortaleza y superioridad? ¿Y qué es la palabra sino la cárcel del espíritu absoluto? ¿Cuál es entonces el oficio que dignifique a la vida, la muerte y su misteriosa alianza? ¿Cuál es la promesa que no se descubre evidente entre el sangrante patibulum y el izado stripes?

Codicio ser electricidad y no temporal, montaña y no litoral, quiero Ser y no ceder.

A ti, que has decidido Morir para cimentar un obelisco a la Vida, a ti la Tierra te prohíbe fracasar, y en cuanto rivalidad te encuentres, la Tierra te prohíbe desaparecer.

A ti, que has comulgado por primera vez con el espíritu, la Tierra te prohíbe oscilar, pues el titubeo pertenece a quienes bracean desesperados por asumir y consentir.

A ti la Tierra te prohíbe convertirte en ocio; te prohíbe, como a Teseo, entrar al laberinto sin salir y presumir la cabeza del repulsivo Minotauro, esa bestial idea astada que mora exclusivamente en nuestro espíritu.

La Tierra te prohíbe, como a cualquier grano arrojado, morir sin germinar...

Cerró el libro de poesías y miró con curiosidad a su mitad, sentada y pensativa. Ella, sin decir palabra alguna, penetró en la poesía y la convirtió en imagen íntima, subjetiva. Extendió su brazo buscándolo, adivinando de dónde venía la respiración. Y encontró la mano que reconocía propia, que correspondía al cuerpo que también le pertenecía por derecho concedido; apretó con seguridad y ternura la mano que, como redundaba la poesía, era lanza y escudo en su batalla por existir.

3

El guía le susurró al oído, con agitación y la voz entrecortada –*Ganamos, ganamos. ¡Llegamos en primero!* – Como una reacción innata se llevó las manos a su rostro. Emocionada e intentando evitar el llanto que escurría de sus ojos, apagados desde hace tantos años, comprendió de golpe que en el abismo hay luz, colores, dimensiones, texturas y Vida, mucha Vida. Se arrodilló con las manos cubriendo su sollozo, mientras que alguien intentaba levantarla para abrazarla y honrarla. Eran las otras competidoras ciegas que escarbaban en el aire para encontrar su mano, para tomarla y recorrerla con sensibilidad de invidente, sintiendo el sudor, oliendo la piel y el esfuerzo, alcanzando el hombro para, en conclusión, abrazarse con devoción y solidaridad deferencia. En el silencio de sus ojos se esculpía una imagen al ser

Humano que resucitaba invicto, dueño de sí y se convertía en réquiem dedicado a quienes suplican, sacrifican y edifican.

Él tomó su brazo derecho y lo levantó en señal de victoria, motivando al estadio que aplaudiera aún más, gritando y vociferando su nombre y su logro. *Las gradas están de este lado-*, le dijo en secreto, al oído, tratando de acomodarla para que saludara en dirección correcta; pero sin cambiar de posición, y con una inmensa sonrisa instalada en su rostro, la atleta se limitó a responder, *—déjalos así, todavía no comprenden que yo estoy mirando hacia otro lado—...*

IV. Conclusiones

Todos los hombres experimentamos la fragilidad de ser; advertimos al tiempo que nos transforma, nos golpea y, en definitiva, nos quebranta. Las múltiples respuestas a esta inevitable realidad representan las variadas conciencias bajo las cuales se han construido sistemas para darle sentido y sustento a nuestros actos y pensamientos. La historia es testigo de la multiplicidad de propuestas que se han ofrecido para tranquilizar y solucionar esta inquietud humana. Sin embargo, me parece, esta inquietud puede ser, por un lado, un motor de búsqueda, de pensamiento crítico, de filosofía, de riesgo y arrojo por descubrir, preguntar y vivir. Por el contrario, esta preocupación también puede convertirse fácilmente en tierra fértil para la alienación, la dominación, la pasividad acrítica y la inútil sofistería.

Mi principal interés en este breve *ensayo* no fue analizar la filosofía de Kierkegaard, sino más bien, exponer dos relatos que han sido inspirado en la lectura del escrito *El concepto de la angustia*, relatos que gira en torno a las dos caras que se presentan en la existencia humana desde la propuesta de libertad kierkegaardiana. Por un lado, la construcción de sí mismo y, por otro, las consecuencias que una persona experimenta al vivir en un mundo y cultura donde la pregunta se sustituye siempre por la respuesta, por lo dado, por el “así debe ser”.

Si el individuo es incapaz de mirar y vivir con ojos críticos su realidad, entonces éste será parte innegable de un mecanismo externo que lo determina y gobierna, que lo oprime y reduce puesto que la propia persona carecerá de las herramientas necesarias para elegir, afirmar o negar. Hemos negado la angustia porque es precisamente ella la que nos abriría a nuevos horizontes de existencia, principalmente, me parece, nos llevaría a disentir, a oponerse, a preguntar causalmente por los orígenes de aquellos males o bienes que padezco y recibo.

¿Qué es la libertad sino la experiencia y capacidad de elegir asumiendo la responsabilidad? Sin embargo, a manera de crítica, podemos ver que el concepto de libertad para nuestra cultura contemporánea se relaciona más con la total complacencia de sensaciones y creencias que, sin una reflexión y análisis profundo, se dan por asentado social-cultural e históricamente y, de esta forma, se reproducen inconsciente y acríticamente.⁹ No hay ningún riesgo en que alguien decida por mí, es un hecho irrefutable. Imputar consecuencias y los resultados de mi vida a la historia, a mis padres, a mi condición económica, a la época, siempre conducirá la culpa hacia fuera de uno mismo, engañando y reforzando los criterios alienados de existencia.

La vida y existencia de una persona que sea incapaz de asumir un riesgo que le evidencie su dimensión humana más profunda de libertad y consecuencias vivirá, entonces, como al inicio de nuestro ensayo, sumiso y sometido *Ante la Ley* y todos sus guardianes anónimos. Pero si acaso este campesino decidiera entrar sin someterse a los rostros y voces que se le presentan como potestades, ¿no haría de su vida una propiedad excepcional con el solo hecho de arrojarlo dentro de la puerta?

Bibliografía

Binetti, María J., “Algunos puntos clave sobre la libertad kierkegaardiana”. *Anuario Filosófico*, XXXIX/3, pp. 649-672, Buenos Aires, 2006. <https://dudun.unav.edu/bitstream/10171/16173/1/BINETTI.pdf>

Grøn, Arne, “El concepto de la angustia en la obra de Kierkegaard” en *Thémata. Revista de filosofía*, Universidad de Copenhague, No. 15, p.15-30, 1995. <http://institucional.us.es/revistas/themata/15/02%20Grom.pdf>

Kafka, Franz, *Literatura universal, cuentos fantásticos*, Barcelona: Fontana, 2013.

Kierkegaard, Søren, “El equilibrio entre lo estético y lo ético”, *O lo uno o lo otro* Vol. II, Madrid: Trotta, 2008.

Kierkegaard, Søren, *El concepto de la angustia*, Madrid: Alianza Ed., 2007.

⁹ “La libertad les da tanto fastidio, en cuanto ellos quedan siempre aferrados a la libertad de elección” Juan Fernando Sellés. *La libertad según Søren Kierkegaard*. Universidad de Navarra, Pamplona, España. Intus-legere Filosofía / Año 2012, Vol. 6, N° 1, pp. 21-33. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4510536.pdf>